

Isadora Duncan y la pedagogía de la libertad

—De *Mi vida*. Edit. CENIT. Madrid. 1929—

y 2.—Véase la entrega anterior.

REGRESÉ a Berlín con la determinación de fundar la escuela de baile con que había soñado tanto tiempo, y, sin más demora, confié mis planes a mi madre y a mi hermana Isabel, que quedaron entusiasmadas. Nos pusimos inmediatamente a buscar una casa para la futura escuela, con esa rapidez que caracterizaba a todas nuestras acciones. En una semana encontramos una villa en Trauden Trasse, Grünewald, la cual acababa de salir de manos de los trabajadores, y la compramos. Hicimos exactamente lo mismo que los héroes de los cuentos de Grimm. Fuimos a casa de Wertheimer y compramos cuarenta camas pequeñas, cubiertas con cortinas blancas de muselina y adornadas con cintas azules. Queríamos hacer de nuestra villa un verdadero palacio para los niños. En el vestíbulo central colocamos una copia de la heroica figura de la *Amazona*, dos veces mayor que el natural. En la sala de baile, que era muy grande, colocamos el bajorrelieve de Luca della Robbia y los niños bailando de Donatello. En la alcoba, la Virgen y el Niño—azul y blanco—, y, también en blanco y azul, guirnaldas de frutas.

Por todas partes representábamos de esta manera ideal la forma infantil, con bajorrelieves y esculturas de niños bailando en sus años primeros, y con libros y cuadros en que se veía a los niños tal como han sido soñados por los pintores y escultores de todas las edades; pinturas de niños bailando, en vasos griegos, finas siluetas de Tanagra y Beocia, el grupo de los niños bailando de Donatello—que es una melodía radiante—y los niños bailando de Gainsborough.

Todas estas figuras tienen un cierto aire de familia en la gracia ingenua de su forma y de sus movimientos, como si los niños de todas las edades se encontraran juntos y se cogieran de la mano a través de los siglos. La niñez efectiva de mi escuela moviéndose y danzando en medio de aquellas formas iba seguramente a parecerse a ellas, reflejando inconscientemente en sus movimientos y en sus rostros un poco del júbilo y de la gracia pueriles. Sería el primer paso hacia la belleza futura, hacia el nuevo arte del baile.

Coloqué también en mi escuela muchachas que bailaban, corrían y saltaban, jóvenes de Esparta a quienes se obligaba a realizar duros ejercicios para que luego pudieran ser madres de héroes guerreros; jóvenes que corrían con los pies desnudos para conquistar los premios anuales; imágenes exquisitas de tierra cocida, con velos y vestidos flotantes; jóvenes que bailaban con las manos juntas en las Panatenas. Representaban el futuro ideal que era preciso conquistar, y los alumnos de mi escuela, al aprender a amar aquellas formas, se asemeja-

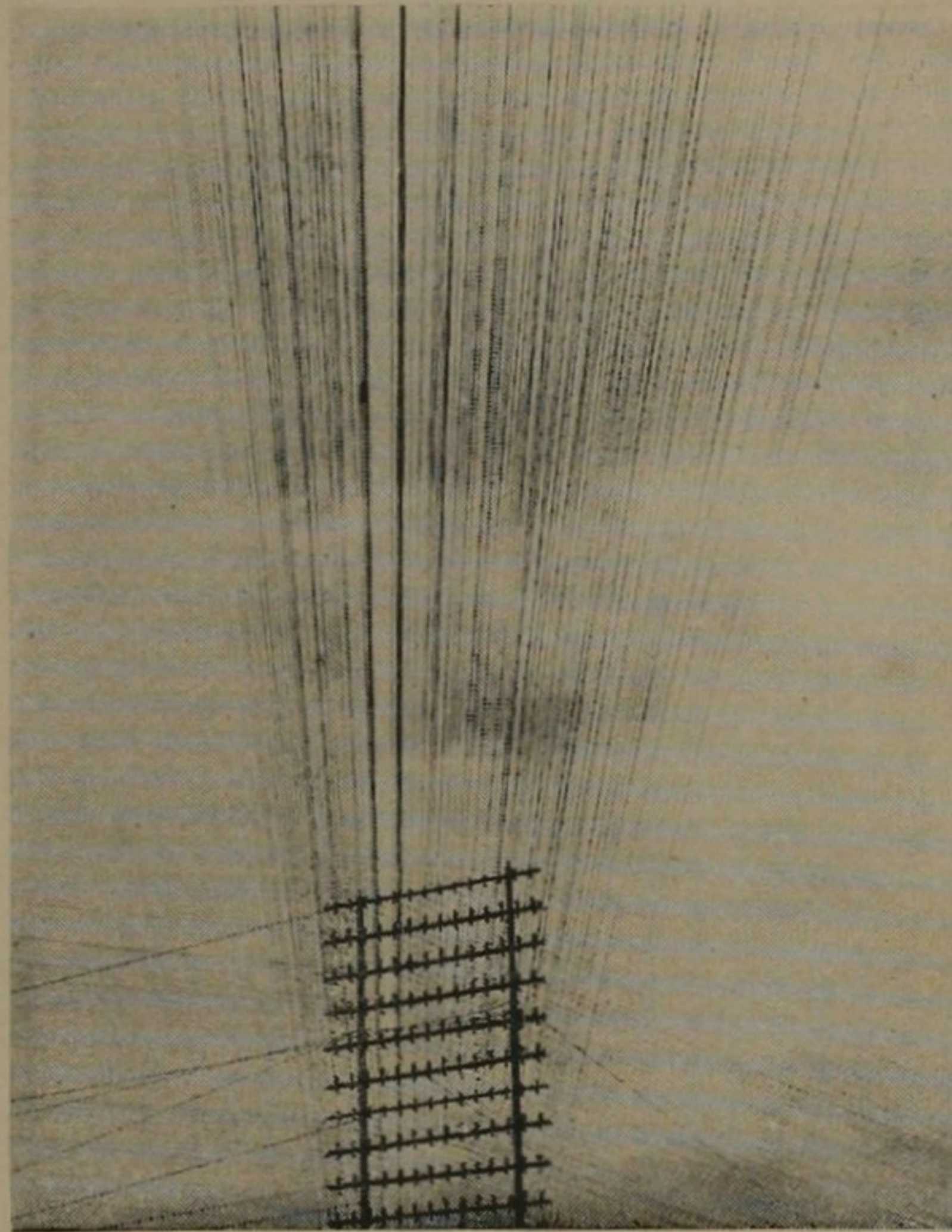


Foto de Tina Modotti.

rían a ellas y penetrarían cada día un poco en el secreto de su armonía, pues yo creía con entusiasmo que bastaba despertar el deseo de la belleza para obtener la belleza misma.

Con el propósito de alcanzar aquella armonía que yo deseaba, los alumnos tenían que hacer diariamente algunos ejercicios especialmente escogidos; pero eran ejercicios concebidos de manera que coincidieran con sus aspiraciones más íntimas y los realizaran de buen grado y con avidez. Cada uno de ellos era no solamente un medio para llegar a un fin, sino un fin en sí mismo, y el fin era hacer que todos los días de la vida fueran completos y felices.

La gimnasia debe ser la base de toda educación física. Es necesario llenar el cuerpo de luz y de aire. Es esencial dirigir su desarrollo metódicamente. Es necesario extraer de él todas las fuerzas vitales que contiene, hasta llevarlas a su máximo desarrollo. Tal es el deber del profesor de gimnasia. Luego viene la danza. En el cuerpo armónicamente desarrollado y llevado a su punto supremo de energía, penetra el espíritu de la danza. Para el gimnasta, el movimiento y la cultura del cuerpo son un fin en sí, pero para el bailarín no son sino medios. El mismo cuerpo debe ser olvidado; es únicamente un instrumento armónico y bien apropiado, y sus movimientos no sólo expresan, como en la gimnasia, movimientos corporales, sino sentimien-

tos y pensamientos del alma. La naturaleza de estos ejercicios diarios es hacer del cuerpo, en cada grado de su desarrollo, un instrumento tan perfecto como sea posible, un instrumento para la expresión de aquella armonía que, evolucionando y cambiando a través de todas las cosas, está dispuesta a penetrar en el ser preparado para ello.

Los ejercicios comenzaban por una sencilla gimnasia de músculos, preparatoria de su elasticidad y fuerza. Después de estos ejercicios físicos venían los primeros pasos de danza, que consistían en aprender a caminar de manera sencilla, cadenciosa, avanzando lentamente con un ritmo elemental, y luego más de prisa, con ritmos más complicados. Después corrían, lentamente al principio, y saltando, más tarde, lentamente también, según ciertos momentos definidos del ritmo. Así es como se aprende la escala de los sonidos, y así es como mis alumnos aprendían la escala de los movimientos. Tales ejercicios no eran sino una parte de sus estudios. Los niños estaban siempre vestidos con trajes ligeros y graciosos que utilizaban para sus juegos y deportes, en clase y en el bosque. Saltaban y corrían libremente hasta que aprendían a expresarse por el movimiento con la misma facilidad con que los otros se expresan por la palabra o por el canto.

Sus estudios y sus observaciones no se limitaban a las formas expresadas en el arte, sino que brotaban de los movimientos de la Naturaleza. Los movimientos de las nubes arrastradas por el viento, los árboles que se estremecen, los pájaros que vuelan, las hojas que dan vueltas: todo debía tener para los alumnos un sentido especial. Debían aprender a observar la calidad peculiar de cada movimiento, debían experimentar en su alma una adhesión secreta, desconocida para los demás, capaz de iniciarlos en los arcanos de todas las cosas, porque todas las partes de su cuerpo elástico y bien preparado debían responder a la melodía de la Naturaleza y cantar con ella.

Para agrupar a los niños en nuestra escuela anunciamos en los periódicos que la escuela de Isadora Duncan estaba abierta a la adopción de niños con talento que quisieran convertirse en discípulos de este arte que yo quería dar a millares de niños del pueblo. Ciertamente la repentina inauguración de esta escuela, sin los capitales ni la organización necesarios, era la empresa más temeraria que pudiera imaginarse. Mi empresario estaba desesperado y planeaba continuamente vueltas alrededor del mundo, y yo no cesaba de explicarle que necesitaba pasar un año en Grecia, lo que a su juicio era perder el tiempo. Cuando supo que estaba preparando la escuela, dijo, como es lógico, que aquello